# LA VECINA DEL PATIO INTERIOR

por Nino Velasco

*Admiraba, atisbando furtivamente por las rendijas de la persiana, la rotunda belleza de su nueva vecina. Sabía que su carácter tímido le iba a impedir dar el primer paso en una posible relación con ella. No podía sospechar entonces hasta que punto su vecina quería poseerle.*

**Hace ahora seis meses que ella llegó al piso de enfrente. Vivo solo en una casa de Benito Gutiérrez, un piso antiguo, pero confortable, hasta el que no llega el ruido de la calle y puedes permitirte el raro privilegio de pasar jornadas enteras en silencio. Tengo un sueldo aceptable que cubre mis escasas necesidades y aún me sobra algo para pequeños caprichos: un compacto Grundig, por ejemplo; un viaje de vacaciones, las cañas de mediodía con compañeros de la oficina o alguna tarde en cualquier discoteca con una chica.**

**Mi trabajo es bastante rutinario; soy delineante en el estudio de un arquitecto encumbrado y la tarea que me encomienda varía muy poco: planos de cimientos y, sólo a veces, de instalaciones.**

**La cocina de mi piso tiene una ventana que da a un patio interior. Frente a ella se abre otra ventana que pertenece a la vivienda contigua. Desde hace mucho tiempo, desde que yo llegué a esta casa en el año 78, ese piso permanecía vacío, pero, inopinadamente, al regresar un mediodía de la oficina, cuando me disponía a freírme un filete con patatas para comer, observé que la ventana de enfrente estaba completamente abierta. A través de ella vi a una mujer.**

**La primera impresión que me produjo este nuevo personaje que aparecía al otro lado del patio interior fue muy intensa. Iba y venía por el espacio de su cocina ajena a cualquier posible observador. Al principio seguí haciéndome la comida, lanzando de vez en cuando una mirada algo más que curiosa hasta la otra vivienda; después, oculto tras los visillos, me dediqué tan solo a espiarla con todo detenimiento.**

**Era muy rubia, lo que se dice rubio platino; tenía unos treinta y cinco años aproximadamente y se cubría con un albornoz blanco de felpa a través del que se adivinaba un cuerpo fresco y vigoroso. No llevaba ninguna otra prenda debajo, según deduje en el momento en que ella se agachó para coger algo y pude ver su pecho espléndido de piel pálida y turgente. Me comí el filete con patatas de pie, sin dejar de espiar tras los visillos. A veces ella se iba a otro cuarto y salía del campo de mi observación durante varios minutos; después regresaba a la cocina. Esperaba que apareciesen nuevos personajes de un momento a otro, niños, por ejemplo, o un probable esposo o compañero. Pero no fue así, y a las tres, cuando tuve que marcharme para volver al trabajo, ningún nuevo habitante de la casa había hecho acto de presencia.**

**A la semana de haber turbado mi existencia esta imprevista aparición, y tras algunas preguntas distraídas al portero, pude corroborar que ella también vivía sola. Entonces, mis observaciones tras los visillos de la ventana se intensificaron; prácticamente la**

acechaba todo el tiempo que tenía libre, y aquella mujer se convirtió en seguida en un a persistente obsesión para mí. A veces salía a colgar su colada en las cuerdas situadas junto a su ventana, y en estas ocasiones, la simple visión de sus prendas interiores, todas de color blanco, me producía una impresión turbadora; pero, sobre todo, me fascinaba el amplio escote de su albornoz, el comienzo de su pecho desnudo, su cuello limpio y mórbido, su rostro, de expresión madura, propio de una mujer equilibrada, pero, probablemente, muy ardiente.

Un día, cuando yo estaba tendiendo unos calcetines en mi cuerda, ella abrió la ventana para colgar sus cosas. Mi primer impulso fue retirarme rápidamente, pero la mujer rubia, mientras prendía unas braguitas minúsculas, me dijo con toda naturalidad:

—Buenas tardes, vecino.

—Hola —respondí.

—Aquí todo tarda mucho en secarse. Sólo da el sol un rato al mediodía.

—Sí... —fue lo único que acerté a contestar.

—Bueno, yo, a veces, si son prendas pequeñas, las cuelgo en el balcón... ¿Nadie le arregla la casa, le lava la ropa y todo eso?

—No, vivo solo.

—Yo también; más vale solo que mal acompañado, ¿no? —dijo ella riéndose.

El resto consistió en una especie de despedida de buena vecindad hasta que ella cerró la ventana, pero en esta primera y breve conversación advertí en todo que se trataba de una mujer predispuesta a entablar una relación más compleja. Era muy alta, quizá más que yo, y su aspecto, realmente llamativo, me producía, con toda seguridad, miedo. De modo que si no era ella quien daba los primeros pasos, yo me sentía incapaz de iniciar cualquier cosa. Estuve semanas enteras aguardando a que ella —que se llamaba Dora— hiciese algo, pero no ocurrió nada sino mucho después, cuando transcurrieron unos dos meses. Primero la encontré un mediodía en la calle, cuando yo volvía del trabajo, con tacones, los labios pintados, un chaquetón de piel blanca y resplandecientemente rubia. No sé cómo ocurrió, lo cierto es que ella me invitó a tomar el aperitivo. Después, al día siguiente, llamó a mi puerta para preguntarme si tenía una llave inglesa.

—Pasa, pasa... —le dije.

Y ella pasó del todo. Quiero decir que no se quedó en el recibidor del piso como yo esperaba, sino que me siguió decidida cuando le dije que iba a buscar la llave en otra habitación. Mientras s internaba detrás de mí con su albornoz blanco, la oí que decía:

—¡Qué barbaridad! Pero, ¿cómo tienes la casa? Esto es un desastre.

—Sí, todo está patas arriba... Tengo que ponerme a ordenar.

—Bueno, bueno... En cuanto arregle lo del grifo voy a venir a echarte una mano.

De cerca me producía una impresión tremenda: era grande y fuerte, sin que esto le quitase ni una pizca de su turbador atractivo.

—No, no hace falta...

—Sí, hombre, sí; no sé cómo puedes vivir aquí... —terminó con un tono tan concluyente que únicamente me dejó la posibilidad de callarme, aceptando.

Media hora después estaba en mi piso moviéndose con decisión y eficacia. La cocina era, sin duda, lo peor. En los fregaderos había apilados un montón de cacharros sucios de varios días; por todas partes se veían restos de comida inservible y tenía varias bolsas de basura sin sacar. De pronto, me atreví a decirle:

—Ya que está s aquí, ¿por qué no te quedas a cenar?

—Pero, ¿tienes algo de cena? La nevera está vacía.

—Bajo en seguida a comprar algo...

—Está bien, baja... Yo mientras termino esto.

Descendí en el ascensor bastante entusiasmado, con el estómago palpitándome de expectación. Bueno, el contacto primordial estaba hecho, aunque me daba la impresión de que tendría que ser ella quien iniciase cualquier cosa posible. Yo, verdaderamente, no sabía cómo afrontar aquello.

Cuando regresé con unos filetes, fresas, una crema de sobre, una lata de callos, una

botella de vino y pan, ella había terminado con la cocina. En seguida se puso a hacer la cena y, también en seguida, se produjo el hecho sorprendente. En primer lugar improvisó una ensalada con unos cuantos tomates que yo tenía en un frutero y, cuando terminó, me dijo:

—Prepara tú la crema, mientras yo frío los filetes.

Eché agua fría en una cacerola y vertí el contenido del sobre en ella. Dora, que preparaba los filetes dándome la espalda, volvió en ese momento la cabeza, miró el agua con el contenido del sobre hecho grumos y tocó el recipiente.

—¡Pero, ¿qué has hecho?! —exclamó imprevisiblemente furiosa— ¡¡Has estropeado la crema!!

Y sin mediar más explicaciones, presa de una especie de sentimientos vengativos más que coléricos, me infligió un golpe tremendo en la cabeza con la cuchara que tenía en la mano y después lo repitió tres o cuatro veces.

—¡La crema se prepara con agua caliente! ¡Con agua caliente! —me repetía.

Los golpes, administrados con el canto de la cuchara, me produjeron un dolor insufrible y caí derrumbado en un taburete, tocándome la cabeza y quejándome amargamente. Me había hecho sangre y, dado lo insólito de la situación, no me atrevía a decir ni una palabra. Entonces, ella, probablemente arrepentida por un gesto tan inexplicable como brusco, se aproximó a mí, me tomó la cabeza como si yo fuese un niño y comenzó a acariciármela tiernamente.

—Vamos, vamos; perdóname... Te he hecho sangre. ¿Dónde tienes el botiquín?

—En el cuarto de baño.

Pero no le dejé que se marchara; enlacé su cintura y la retuve junto a mí obligándola a que se sentara en mis rodillas. Su pecho quedó a ala altura de mi boca y comencé a besarlo nervioso y turbado; después alcé la cabeza y busqué sus labios. Tras un beso enorme, ella insistió:

—Bueno, voy a buscar algo en el botiquín.

Pero seguí reteniéndola.

—Déjame, ¿no?...

—No.

Este fue el comienzo del segundo suceso inexplicable. Sin decir nada, me atrapó las orejas con sus manos, suavemente al principio; luego apretó sin piedad mientras las retorcía con violencia. Noté como si se me desgarrara brutalmente el pabellón auditivo y lancé un alarido. Luego me toqué acobardado. La sangre me chorreaba por el cabello.

—Voy por el botiquín —dijo Dora, sin más.

Me estuvo curando amorosamente, sentada en mis rodillas, mientras yo, abriéndole el albornoz, y pese al agudo escozor de las heridas, besaba y mordisqueaba su carne asombrosa.

Nos acostamos juntos, y, en el transcurso de la noche, me produjo más lesiones; uno de sus besos fue sangriento: me mordió los labios de improviso hasta penetrarlos con sus dientes cortantes, y clavó sus agudas uñas en mi pecho, dejándome diez marcas rojas y profundas. Hacia las tres de al madrugada se incorporó de la cama inopinadamente.

—Espera un instante —me dijo.

Salió durante unos mementos para ir a su piso. Cuando regresó, advertí que traía en la mano un tubito transparente lleno de alfileres.

—¿Qué vas a hacer? —le dije más o menos aterrorizado.

—Túmbate boca abajo, no tengas miedo... —contestó.

—No.

—Vamos, túmbate —repitió en un tono mimoso, en el que, sin embargo, se advertía la impaciencia y la contrariedad.

—¡No, no! ¡Estás loca! ¡Me vas a clavar los alfileres!

—Date la vuelta, tonto... —insistió, mientras me tomaba por los brazos intentando girarme sobre la cama. Pensé entonces que sería imposible que ella me obligase por la fuerza a obedecer a sus deseos, e intenté defenderme. Al instante tuve conciencia de su

fuerza. Con una rapidez y una destreza anonadantes, me rodeó súbitamente el cuello con uno de sus brazos, a la vez que me colocaba el codo del otro contra la nuca y trababa mis piernas con las suyas dejándome inmovilizado. El codo se incrustaba violentamente en la base de mi occipital a la manera de una cuña, y el brazo que presionaba mi cuello me producía un ahogo próximo a la asfixia.

—Vamos, ponte boca abajo.

Obedecí. Dora se tumbó después sobre mí y, mientras frotaba suavemente su pubis contra mis glúteos ajustándose a un movimiento rítmico, me fue clavando uno a uno todos los alfileres. Pienso que serían veinte o treinta: a la vez que me arrullaba tiernamente, me los clavó a la altura de los omóplatos, en los costados, a lo largo de la columna vertebral. Los últimos, en las axilas, me produjeron un dolor inaguantable. Después me los quitó con prisa, me dio la vuelta como si fuese un muñeco y se montó sobre mí. Yo tenía los ojos llenos de lágrimas y me debatía en una mezcla de dolor y excitación intolerables que me situaban en una especie de galaxia febril alucinante. Ella hizo entonces que la penetrase, más bien para compensarme del sufrimiento padecido, que para satisfacer sus propios deseos.

Cuando regresó a su piso a las cinco de la madrugada, se despidió de mí con mucho cariño, acariciándome tiernamente los lugares donde me había herido, lamiéndolos incluso, y me dijo algo que no sé si me produjo pavor o la expectación que antecede al anuncio de situaciones excitantes e imprevistas.

—Mañana volveré.

Sólo dormí tres horas y cuando me desperté para ir al trabajo, me sentía completamente dolorido. En el espejo del cuarto de baño observé detenidamente mi lamentable aspecto: tenía los labios hinchados, con las señales del mordisco; los lóbulos de las orejas ligeramente rajados, el cuerpo lleno de arañazos y diez marcas sangrantes en el pecho, cinco en torno a cada pezón. Se imponía inventar alguna mentira satisfactoria para los compañeros de la oficina y me debatía en la duda de plantearle a cualquier excusa a Dora para que aquella noche no viniese a mi piso.

Y, sin embargo, durante todo el día, experimenté esa sensación de inquietante expectativa que te depara el hecho de saber que estás viviendo una situación excepcional, una aventura fuera de lo común.

Aquella noche Dora volvió y se acercó a mí, una vez establecidas las bases de nuestra relación la jornada anterior, sin ningún preámbulo. Me desnudó de una forma violenta sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo y, mientras me despojaba de la ropa y me decía cosas tan desconcertantes como «no es nada, cariño», «no te asustes», «te quiero, déjame hacer», me golpeaba esporádicamente con sus puños en los riñones, el estómago o el bajo vientre. Eran puñetazos contundentes, aplicados en lugares sensibles, cuyo impacto se hacía más lacerante al clavarme en la carne su pequeño anillo estriado.

En el transcurso de noches sucesivas, cuando, por ejemplo, me estuvo sajando la piel del estómago con una cuchilla que tomó de mi cuarto de baño, traté de defenderme con desesperación. Pero todo fue inútil: me atenazaba rápidamente mediante presas dolorosísimas y mis angustiosas tentativas sólo servían para evidenciar mi indefensión. Me permitía hacer el amor después de cada sesión de sufrimientos a modo de compensación, ya que resultaba evidente que ella no tenía el menor interés en esta clase de episodios.

—¡No me hagas nada en la cara, por favor! ¡Tengo que ir a trabajar! —le supliqué pocos días después, a las cuatro de la madrugada, cuando había ido a su casa en busca de una especie de punzón y presumí que tenía la intención de agujerearme las mejillas.

—No cariño mío, no te inquietes; no vayas a trabajar si no quieres, deja ese maldito estudio. Yo te daré todo cuanto necesites... No te preocupes por nada...

Afortunadamente no llevó a cabo sus propósitos; los primeros meses se abstuvo de tocarme la cara y en seguida supe por qué. A las cinco semanas de nuestro primer encuentro me ordenó de una forma concluyente que abandonase mi trabajo. Necesitaba todo mi tiempo para ella. Empecé a hacerle recados. A cualquier hora del día se

presentaba en mi casa y me enviaba a los lugares más dispares: a buscar hilo, a comprarle tabaco, a la farmacia de guardia; desde luego, iba todas las mañanas a hacerle la compra, pero también, y eso fue lo peor, comenzó a mandarme sistemáticamente a cobrarle los recibos de clientes morosos.

El primer día que llegué con dos recibos impagados, me propinó una paliza espantosa y llena de saña. Me apaleó durante media hora con la pata de una silla vieja persiguiéndome por toda la casa. Me lanzaba golpes terribles sin reparar dónde podía alcanzarme: un impacto increíblemente doloroso estalló contra la base de mi nariz y, ya al final, recibí una amarga patada en los testículos que me dejó inerme. Estuve tres días en la cama completamente aterrorizado, porque, a pesar de mi lamentable estado de postración, ella no dejó de venir cada noche para reforzar mis suplicios.

Fue entonces cuando empecé a concebir la idea de huir, no volver más a casa el primer día que me enviase a la compra o a cobrar recibos; incluso pensé en regresar a mi provincia con mis padres para reorganizar allí mi vida. Por mi cabeza pasaron ideas tan descabelladas como denunciar el caso a la policía; acción que deseché en seguida ante el espantoso ridículo que hubiera supuesto declarar en público que una mujer me dominaba de una forma tan sencilla y tan atroz.

—¿Por qué haces esto conmigo? —le pregunté una noche que llegó muy tarde y se metió en la cama junto a mí, mas acariciadora que nunca, sin producirme ningún daño.

—Porque me gustas, porque te quiero. Oh, te quiero, te quiero...

Y por primera vez desde hacía mucho tiempo, puso a mi disposición toda su sabiduría amorosa sin hacerme sufrir. Fue tan sólo una excepción que no sentó precedente.

La noche siguiente, nada más llegar, colocó en el compacto un disco de *twists* de los años sesenta y me cortó el pelo con unas tijeras de cocina. Cuando ya no era posible raparlo más con aquel instrumento, buscó a propósito una cuchilla vieja de las que yo usaba para afilar mis lápices y procedió a afeitarme la cabeza, insistiendo sobre mi cuero cabelludo con aquel filo inservible, entre espantosos dolores, raspaduras y cortes, hasta dejarme el cráneo totalmente limpio de cabello. Después, mientras musitaba palabras de consuelo, me estuvo lamiendo todas las heridas durante mucho rato.

Ahora ya no podré huir. No me permite salir nunca de casa y se ha apropiado de mis llaves. Cuando se marcha, cierra la puerta por fuera. Estoy lleno de hematomas y heridas; tengo la cara desfigurada por los cortes. Permanezco todo el día en la cama aguardando loco de pavor su llegada. No puedo resistirlo más. Me quedo adormecido durante muchas horas y en esos períodos de tiempo sueño continuamente. Se repite periódicamente una secuencia: me veo corriendo por los prados que rodeaban mi casa, llegando desde el colegio para que mi madre me dé la merienda en una cocina soleada. A veces, su rostro se confunde con el de Dora...

Me deja descansar algunos días para no aniquilarme del todo. En ocasiones, casi arrastrándome, consigo llegar hasta la cocina y miro a través de la ventana. Ahora vienen a visitarla varios amantes maduros a los que besa ardientemente al otro lado de los visillos. Con toda seguridad, ellos desconocen mi existencia. Nunca permanecen en su casa más allá de las doce de la noche y, cuando les oigo marcharse desde mi cama, la angustia y el pánico me sumergen en una terrible zozobra nerviosa que dura escasos minutos. En seguida oigo cómo Dora abre la puerta de mi piso y avanza por el largo pasillo hacia mi alcoba. Apenas entra en el vestíbulo, comienza a hablarme con el acento más tierno y mientras se aproxima.

—¿Cómo está hoy mi amor? Te traigo una cosa que te va a gustar mucho, cariñito...

Ya no tengo ninguna esperanza. Ella llaga cada noche con algún tormento nuevo premeditado durante la jornada y lo pone en práctica decididamente entre besos y caricias, ahogando a veces mi s chillidos con una grosera bola de algodón que me introduce en la boca. Me ha tenido dos días con veinte chinchetas incrustadas en el cráneo rapado.

Apenas la veo, me pongo a sollozar y a gemir, intentando concitar su compasión, aterrorizado ante la perspectiva de suplicios cada vez más atroces. Ya no puedo caminar;

cada paso, sin uñas en los pies, resulta un suplicio.

Espero morir pronto; la semana pasada me cortó las dos orejas y se las llevó a su casa envueltas en una hoja de periódico. Oigo en los pisos vecinos la música de los tocadiscos, las conversaciones familiares y el ruido de los platos a la hora de comer. Si me concentro, incluso percibo lejanos sonidos de la calle, a la que ya no salgo desde hace mucho tiempo.

Me he vuelto casi insensible al dolor; lo noté, precisamente, el último día en que ella vino, cuando me besó y me acarició con extremada dulzura antes de producirme la ignominia postrera. Desde esa jornada no ha vuelto. Seguramente se ha marchado; al menos, no detecto ningún movimiento en su piso. Ahora descanso, pero me estoy desangrando lentamente, pese a la cura que me hizo antes de abandonarme a mi suerte.

Sobre la moqueta gris, una parte de mi cuerpo yace separada desde hace dos días, desde que ella procedió a castrarme la última noche mientras me besaba quizá con más ternura que nunca.